

COLECCIÓN



AQUILES NAZOA / PATACALIENTE

9



HADAS DE LA NEBLINA

ROSALINA GARCÍA

ILUSTRACIONES: OSCAR ROJAS

Fondo
Editorial
Ipsame

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Lic. Jennifer Gil Laya

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del IPASME

Prof. Favio Manuel Quijada Saldo

Presidente

Ing. José Alberto Delgado

Vice-presidente

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial IPASME

Lic. José Gregorio Linares

Presidente



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación





HADAS DE LA NEBLINA

ROSALINA GARCÍA



HADAS DE LA NEBLINA

Rosalina García

Depósito Legal:

ISBN:

Diagramación: Elia Gallegos

Ilustraciones:

Impreso por:

Comité Editorial

José Gregorio Linares

Sagrario De Lorza

Alí Ramón Rojas Olaya

Ángel González

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Victoria

(Presidente Medina) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax: +58 (212) 632 97 65

E-mail: fondoeditorial.ipasme@yahoo.com

Página Web: <http://fondoeditorialipasme.wordpress.com>



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación



BICENTENARIO

DEDICATORIA



A TODOS LOS NIÑOS.

A LOS NIÑOS DE LA UNIDAD EDUCATIVA FRANCISCO DE LA HOZ BERRÍOS
DE CHABASQUÉN Y DE LA UNIDAD EDUCATIVA GUAYAUTA DE HUMOCARO ALTO

A LA INFANCIA DE MIS HIJOS

A MIS PEQUEÑOS SOBRINOS.

A MIS ALUMNAS DE LA MENCIÓN PRE ESCOLAR
DEL COLEGIO UNIVERSITARIO DE LOS TEQUES CECILIO ACOSTA

AL ARTISTA PLÁSTICO ALIRIO BRACAMONTE.

UN VIAJE AL MAR



Matilde y sus dos hermanos no conocían el mar; eran niños montañeses que vivían lejos de las costas de su país. La niña cuidaba con esmero su único juguete: caracoles y conchas marinas guardadas en una bolsita hecha de tela de saco de harina, la cual conservaba las letras originales del costal: “Blanca flor”.

Aquellas letras olían a pan dorado y tibio. A veces, Matilde, entre una letra y otra veía un campo sembrado de trigo cercano al agua. Sospechaba que aquella agua inmensa era el mar. A veces el mar y el trigo se movían suavemente. ¡Qué bello sería conocerlo!, pensaba la niña.

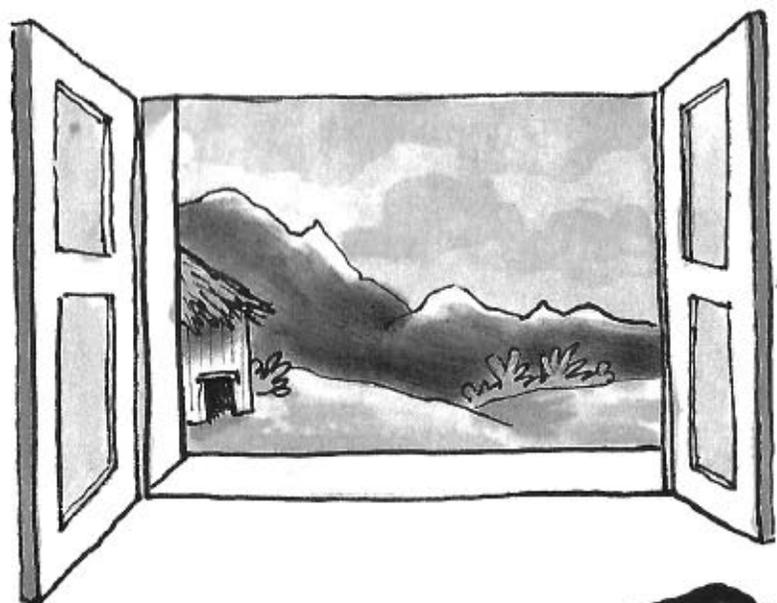
Una tarde Matilde y sus hermanos mostraron sus caracoles y conchas a una amiguita y jugaron con ella. Sobre la mesa rústica, aquellas dispersas, de pronto comenzaron misteriosa-

mente a organizarse, solas, en grupos. Se movían más o menos como cuando juegan dominó los mayores y las piezas son ordenadas. De pronto, sobre una concha de mar vieron un hada hermosísima y pequeña, brillante como una gota de rocío, y su ropita era gasa de sol.

Sorprendidos, los niños le preguntaron quien era ella. Respondió. “Soy Teresina, el hada de las aguas de donde trajeron estas conchas y caracoles. Cuando los niños quieren conocer el mar, yo los llevo y les ayudo a salvar las dificultades”.

Teresina habló del Rey del Mar, quien ofrecía sus dones a aquellos que aman la naturaleza y las personas. El hada del mar o nereida, se movía sobre la mesa en los tres grupos de caracoles y conchas para prevenir de los





peligros que enfrentan los que quieren llegar ante el Rey del Mar. Invitó a los pequeños a visitar el palacio del monarca para recibir sus obsequios y para, al fin, conocer el océano. Decidieron partir de inmediato, y se montaron en un rayito de sol para trasladarse rápidamente.

En ese rayito de sol, los niños y Teresina llegaron frente a una playa del norte, muy lejana, la misma que Matilde veía antes entre las letras del costal de harina; y luego, en una nave dirigida por un pequeño delfín con una coronita de oro, iniciaron su viaje por el mar.

La inmensidad de la superficie marina los impresionó mucho; el hada les dijo que no temieran, que ella los ayudaría en el viaje. Una bandada de golondrinas viajeras iba con ellos sobre el mar donde encontraron barcos

de diferentes naciones, y hasta un grupo de ballenas que los divirtió mucho con sus chorrillos de agua y con sus juegos. De pronto, el delfín capitán avisó que empezarían a descender, que se ajustaran los cinturones de seguridad.

Descendieron. Era el mundo del azul, a veces destelleante por los peces, algas fosforescentes, piedras preciosas, submarinos, naves como las del espacio. Pasaron por una ciudad ultramoderna, de esas que llaman inteligentes; sus casas y edificios eran adelantados y su gente, de gran hermosura juvenil. Ahí llegaban los submarinos de la tierra y naves del mismo mar y del espacio exterior. Peces, algas coloridas, algunas como árboles, corales y joyas del abismo embellecían esta ciudad llamada “Áster” la cual brillaba con una hermosa luz.





Los niños y la nereida continuaron el viaje, y de pronto sintieron que entraban en una zona oscura y tormentosa. Era el área de los ambiciosos y ladrones del mar. Teresina les mostró barcos piratas hundidos con esqueletos, espadas mohosas, algunas rotas, y cofres llenos de monedas de oro y piedras preciosas de brillo malévolos. El delfincito alertó: “peligro”, y entonces, encontraron a Tonka, el terrible monstruo marino de seis patas, de tres cabezas y con una cola fuerte y cortante como cuchillo. Sus dientes, afilados, los ojos rojos de pez. Se paraba como un huracán para destruir y comerse todo lo que encontraba. Matilde y sus hermanos se asustaron mucho, pero el delfín nadó nadó y nadó, casi voló, para escapar. Se escondió en el laberinto de los pulpos, quienes para ayudar a los niños, entintaron el agua, y así Tonka no pudo verlos más. Se fue muy rabioso, con la cola caída, por no lograr atraparlos.

La segunda dificultad bajo el océano, era el encuentro con los hombres dominadores y sus máquinas malvadas y destructivas. Estos guerreros del mal no aceptaban a nadie en su territorio, y cuando alguien irrumpía en él, lo atacaban. Un submarino de ellos comenzó a perseguir la navecita de los viajeros, y la correteaban peor que Tonka. Los amigos tenían que agarrarse duro para no caerse; Teresina llevaba bien apretada en su mano la varita mágica no se le fuera a perder. El mar se agitaba. De pronto, el hada tocó con aquella el delfín, y éste comenzó a reír de un modo especial; entonces, el agua del mar se aplacó y el submarino, acostumbrado solamente a la violencia, se descontroló, perdió su fuerza de ataque, y riéndose forzosamente, empezó a ascender a la superficie, derrotado por la única arma del delfincito capitán: su risa sabia. La máquina se echó a perder para siempre, y gracias a Dios,



se extraviaron los planos para reconstruirla. Entonces, así, Matilde, sus hermanos y el hada escaparon de los hombres guerreros y dominadores.

El viaje continuó, y con la ayuda del hada, llegaron frente a la entrada secreta al palacio de Poseidón, el Rey del Mar. Era un área de luz brillante guardada por seres parecidos a los ángeles de un pintor antiguo llamado el Giotto. Ellos pedían a los visitantes el pasaporte de buena persona para poder entrar. Los niños y el hada pasaron la prueba; el delfín pertenecía a ese reino marino y lo servía.

Entraron a los predios del Rey y quedaron maravillados. Ese territorio tenía grandes montañas, vallecitos preciosos con flores marinas y árboles con frutas brillantes y frescas, peces en cardúmenes, numerosos como las golondrinas

del viaje, animales grandes y pacíficos, personas, aún más bellas que las de la primera ciudad que conocieron, nereidas, tritones, estrellas de mar.

Las paredes del palacio eran joyas transparentes y el techo, una artística y móvil medusa cuyas telas se movían y producían música al contacto con las aguas. Sirenas, tritones y otros seres fantásticos lo habitaban. El monarca, un dios fuerte y hermoso, de largas barbas y un tridente en su mano, los recibió con afecto y los felicitó por compartir con otros niños lo poco que tenían, en especial, el único juguete de Matilde: la bolsita con conchas y caracoles marinos. Y les enseñó secretos, como aquél de la existencia de una entrada especial al mar, que muchos hombres y países poderosos quieren encontrar y aún no pueden. Les dio la clave mágica para entrar dentro de él y dominarlo.

Los niños guardaron estas cosas en sus corazones y agradecieron al Rey sus bondades. Al final, recibieron otros regalos como juguetes maravillosos, mapas antiguos para futuros viajes al mar, caracoles con bellas canciones del océano y unas coronitas de oro que, felices, se llevaron puestas al regreso a su aldea en la montaña, en el mismo rayito de sol que los ha-

bía traído. Teresina vino con ellos, y regresó después al gran Palacio de Poseidón.

Ahora, Matilde y sus hermanos podían visitar el mar cuando quisieran ya que sabían la fórmula mágica para entrar en él. Ahora podían compartir con otros niños esos viajes y los regalos que el Rey les dio.



EL PINCEL Y LA MARIPOSA AZUL



Blanquita, una niña a quien le encantaba pintar, se fue al campo a visitar a su abuelo durante las vacaciones. Se llevó las acuarelas, los creyones y un cuaderno de dibujo.

La casa del abuelo estaba en un bosque alto, y desde allí cuando la neblina se iba, podían verse el mar anchuroso y sus barcos peregrinos.

Blanquita, de día caminaba y jugaba por los pinares y de noche al calor del fuego de la chimenea, oía los cuentos de su abuelo y las viejas canciones del campo. Una de ellas contaba acerca de una mariposa azul, amiga de pasear sobre sus alas a los niños por el cielo.

Una mañana, la niña se fue a jugar al cuarto trasero de la casa donde se guardaban muebles y cajones de cosas usadas como juguetes, ro-

pas, libros viejos. Comenzó a registrar la caja de muñecas. De pronto, en el piso cerca de la cueva de un ratoncito en la pared, halló un magnífico pincel de cerda de caballo. Lo tomó y su manita sintió un raro estremecimiento. Pensó: “El pincel está vivo; es como tocar un perrito de esos que menean la cola. Este pincel movió los bigotitos, ¡qué raro!” Lo agarró y lo llevó a su cuarto.

Blanquita comenzó a trabajar con el pincel, lo introdujo en un vaso y del agua brotaron chispitas brillantes. La niña pintó un bosque, y sintió su perfume profundo. Luego, trazó un camino que iba hasta una casa escondida entre los pinos y pudo recorrerlo. A medida que lavaba el pincel, el agua en vez de ponerse negra era más cristalina y un pecesito anaranjado apareció nadando en ella. Y Blanquita





encantada con ese pincel que parecía ayudar su mano. Pintó la casa, las flores y el mar al fondo, y cuando dibujó una mariposa azul se montó en ella, y volando, volando, se quedó dormida sobre el cuaderno.

Viaje maravilloso emprendieron las dos sobre los pinares verdecitos y sobre el mar anchuroso y sus barcos peregrinos. Subieron al alto cielo y vieron pasar a Pegaso, a un satélite, a un ángel gordito. Cuando bajaron un poco tuvieron cuidado con las aves marinas, para que no se comieran a la mariposa. Pero no, ¡un hada la cuidaba! Era una de las hadas de la neblina, bella, leve y sabia en el dominio del agua. Sobrevolaron una casa que parecía bonita por fuera, pero de su chimenea salía un humo negro y espeso que formaba figuras malignas, rabrasas y agresivas. Era la casa de la bruja Pitoja, una malvada hechicera flaca y fuerte como un

lobo salvaje, y hábil piloto de su escoba voladora. Le asomaba un diente largo y puntiagudo, y cada rato movía esos ojos de rata mala para averiguar todo. Entre las maldades que hacía, escribía grafittis horribles en las paredes, agredía a los niñitos y botaba en los parques y en las calles una basura que primero diseñaba con el pincel mágico que antes era de ella. Ahora estaba muy brava porque un ratoncito se lo había llevado. El pincel podía hacer el mal o el bien, dependiendo del corazón del dibujante.

La bruja había ofrecido una gran recompensa en oro y piedras preciosas a quien le devolviera el pincel.

Mientras volaba sobre la mariposa, Blanquita escondió el pincel en su blusita como a una joya para no perderlo; su corazón palpitó y el pincel le habló:



“Blanquita, yo me quiero quedar contigo. Yo siempre soñé con hacer el bien, volar por el viento, ser querido y crear como lo hice cuando tú pintas, peces, nidos, llamas, caminos, barcos pasajeros y todas esas cosas que la gente ama. Blanquita, también haremos casas para todos, ricas tortas... prefiero quebrarme y volverme calvo antes que regresar con Pitoja, la bruja mala”.

La hechicera tenía una antena viva en su techo hecha con un círculo de halcones parados sobre una rueda de madera. Rápidos, videntes a distancia y efectivos, además, de ubicar certeramente la presa la atacaban y la mataban.

Cuando Blanquita, el hada y la mariposa volaron sobre la casa de la bruja, los halcones dijeron:

“Vemos señales de niñita que vuela en la mariposa azul. Es una niña rosadita para el almuerzo de Pitoja. Le detectamos el pincel. La derribaremos. La bruja ayudará montada en su escoba”.

Le avisaron a Pitoja, quien se alegró muchísimo. Entonces, al sentir la cercanía del peligro, la mariposa y el hada, ascendieron lo más que pudieron.

Las aves subieron en rápido vuelo, afiladas las uñas y replegadas sobre el cuerpo en espera del ataque. Iban calladitas y en fila en el alto silencio del cielo. Pitoja, atenta y ansiosa, venía detrás, como arriando la escoba, y a veces, se paraba en el aire para ver mejor su presa.

Blanquita temblaba, pero el hada la animó. El pincel se escondió en la blusa de Blanquita



como una mascota temerosa; eso sí, pensando cómo ayudar en la emergencia.

Los halcones atacaron certeramente, derribaron la frágil mariposa, y el grupo cayó al suelo aturdido y asustado. Pitoja se reía con burla y las aves se saboreaban pensando en comerse a la mariposa; pero el hada le dijo a Blanquita que con el pincel dibujara, rápido, sobre ellos, los vencidos, un arco, como un semicírculo, para protegerlos, como si éste fuera un tiendita de campaña de esas de playa. Blanquita, medio atontada, dibujó el arco, el cual era impenetrable. ¡Qué rabia tenían los atacantes! Ellos sólo podían ver a Blanquita, al hada y al pincel, pero no tocarlos.

Pitoja, desesperada por su pincel se metió por debajo de la tierra, y cuando ya casi entraba por el piso, por la base del semicírculo, el

hada con su varita creó un remolino de agua helada ahí, debajo de la tiendita, tan fuerte que la bruja quedó sobre el suelo en pelota, derrotada y medio congelada. El remolino de pronto creció y elevó a Blanquita y a sus amigos hacia el cielo, hacia lo más alto, ahí donde los halcones no podían llegar; y como el pincel ya había cerrado el círculo, se formó una nave en forma de burbuja transparente donde Blanquita y sus acompañantes, escaparon. Ellos, felizmente, continuaron su vuelo por el espacio libre y lleno de maravillas como de sueños, que Blanquita pintaría después con su pincel. El hada de la neblina guiaba la navecita con suavidad y explicaba las cosas fantásticas que iban viendo.

La niña despertó. Había un gran silencio en el cuarto de trastes del abuelo. ¿Todo había sido solamente un sueño?

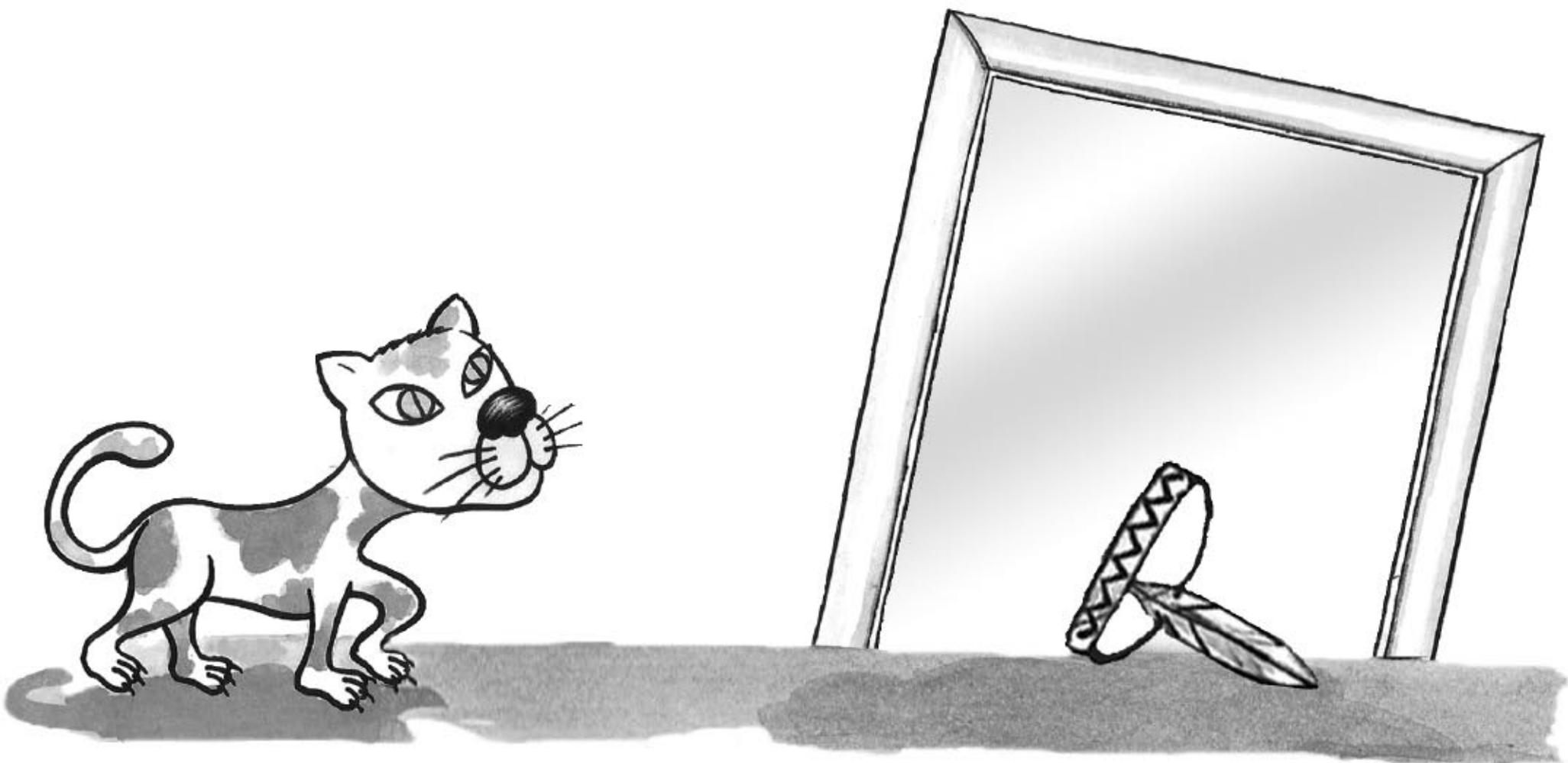


Entonces, Blanquita se vio en las manos polvo azul de mariposa y un pincel vivo para pintar las cosas más bellas de la vida. Así haría feliz al abuelo y todos los que la rodeaban.

La niña se asomó a la ventana y contempló, tras los cristales, el bosque con neblina. En los árboles más altos, volaba una varita mágica; dejó una estela de estrellitas y se perdió entre los pinos.



EL ESPEJO Y EL TESORO



Esa noche la luna estaba más alta, parecía rápida pero era el viento el que movía las nubes. Silencio. Dormían en la casa. Tantán, el gato del niño Jorge ronroneaba sobre un almohadón; de pronto paró las orejitas: acababa de escuchar el ruido de un ser volador ¡qué fuerte el aletazo! ¿Qué sería? Rápido vio que en el caballete de la casa se posó un cuerpo grande. Parecía un ganso de la laguna cercana ¿o sería un duende? ¿O una gigante ave del mar? Abrió las alas y brillaron como diamantes en la noche lunar.

Gato al fin, Tantán no titubeó en acercarse y vio un águila con un hermoso rostro de persona. Esta miró al gato y voló por el aire, fuerte como para un viaje alto y prolongado.

Al día siguiente, Tantán cazando sobre el tejado, encontró una pluma muy brillante del

ave de la noche anterior. Se la llevó y la escondió bajo su almohadón.

En el recibo de la casa de Jorge, colgaba un espejo muy antiguo, grande, vertical, con el marco de caoba. Todo el que llega se refleja en él, y ahí queda grabado.

Dentro del espejo hay casas, gente, animales, lluvias, jardines guardados, juguetes, fiestas, la montaña del frente, y pare de contar.

Jorgito, jugando con Tantán descubrió la pluma del águila. Observó que tenía una puntita para escribir con tinta, como se hacía en la antigüedad. Al niño le gusta escribir. Ya sabe construir frases muy sencillas. Pero no hay tinta de esas viejas de frasco en su casa para probar la pluma brillante. Se le ocurrió escribir





en seco una “A” sobre el espejo y, entonces, éste, mágicamente mostró, en movimiento, las personas y las cosas que tenía guardadas.

Jorge y su gato miraron ese mundo a través de aquella letra dibujada pero, con una sola letra, ellos sólo podían mirar el mundo del reflejo; no penetrar dentro de él.

Al día siguiente, Jorge escribió sobre el espejo una frase corta; entonces éste mostró un parque forestal inmenso, con lagos, césped y árboles gigantes. Los pájaros hablaban, y una bella canción, a veces, iba y venía en el aire. Un ave de este paraíso le dijo a Jorge que con la pluma mágica encontrada, podía conseguir un tesoro, pero primero debería ayudar al águila con rostro de hombre a convertirse en lo que era antes: un joven cacique. Éste había sido transformado en ave por un piache malvado.

El sacerdote encargado de educar a Tunapuy, así se llamaba el joven cacique, por un disgusto con el padre de éste, lo había convertido en águila.

El ave del paraíso dio a Jorge una frase mágica y secreta, que escrita sobre el espejo, les permitiría penetrarlo, y así, salvar al cacique. Pero el pájaro le advirtió sobre la ferocidad del piache, quien se podía transformar en cunaguaro cuando quería.

Un día, Jorge escribió la fórmula encantada sobre el espejo y éste cambió de inmediato: la caoba del marco se oscureció más, empezó a oler a bosque húmedo.

Jorge y su gato entraron al espejo y oyeron una voz misteriosa que les decía: “Ahora ustedes están en el valle de Sinaipure, verán su



gente y el espíritu de la montaña”. Entonces el aire se prendó, se encantó del agua; y el río del valle corrió limpio y sonoro. Tantán se saboreó al ver los pececitos multicolores en la corriente de cristal. Jorge quiso una canoa para navegar. Hermosos indígenas de hace siglos trabajaban en las sementeras. El espíritu de la montaña, un príncipe niño, al volar iluminaba la naturaleza y la fortalecía.

De pronto, Jorge y Tantán vieron al piache malo quien vivía en un adoratorio dedicado a los dioses. Dos grandes tigres amarillos cuidaban la entrada.

El piache era un hombre fuerte, en su cabeza llevaba la corona sagrada de plumas de águila y de aves multicolores; portaba la vara dorada de poder. Sus ojos brillaban en la penumbra del templo, construido cerca del río.

Él como sacerdote conocía la magia indígena y era adivino. Sabía que alguien había llegado y lo observaba, y mostró un rostro fiero. Pero su esposa era dulce y bonita como una caña de río.

De pronto, el piache poderoso vio al niño y al gatico, y furioso, les ordenó irse. Si no obedecían, los encantaría. El sacerdote amenazó en convertirlos en ranas si no borraban las palabras mágicas porque éstas debilitaban el hechizo sobre el príncipe indígena. Jorgito, más bien, las pronunció en voz alta, y apareció el águila, espléndida y poderosa.

El piache, airado, la amenazó de muerte y la apuntó con su arco y su flecha; pero el niño, entonces sopló sobre la frase, y el sacerdote se pulverizó. De inmediato, el águila se transformó en un joven y hermoso cacique, a quien le



tocaba dirigir a su pueblo. El polvo del piache se volvió un cunaguaro negro y feroz. Dicen que el malvado, vencido por Jorge y su gato, se retiró a un bosque frente al mar Caribe. Su esposa se convirtió en una golondrina libre; feliz, voló con una bandada de ellas hacia lejanas islas del norte, lejos del brujo.

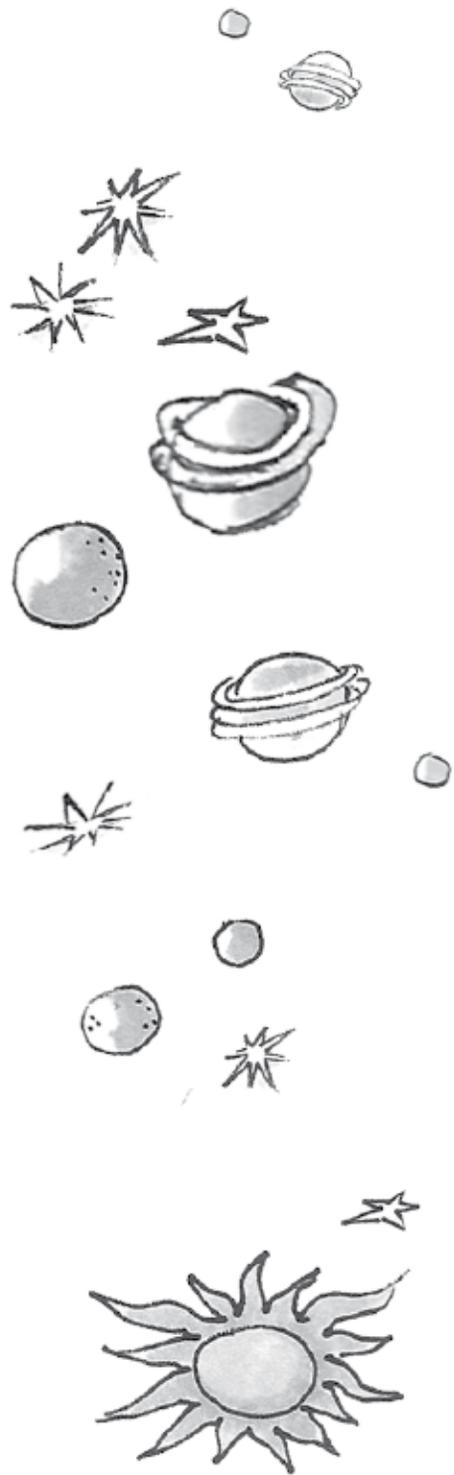
El cacique Tunapuy, agradecido, le regaló a Jorge una pluma más brillante y más sabia que la anterior. Con ella, al escribir se recordaban los sueños, se visitaba sitios maravillosos y se escribían cosas muy sabias. Ese era el tesoro prometido por aquella ave del paraíso en el gran parque. El niño y su gato se despidieron

del cacique, borraron la fórmula encantada, salieron del espejo, y ya en la casa, muy feliz, Jorge guardó esa pluma como un tesoro.

Tunapuy, por muchos años, gobernó su tribu en paz. Pedía consejo a los hombres más sabios antes de decidir algo importante para su gente, la cual respetaba y servía.

Jorge y su gato salieron a jugar al patio de la casa. De la montaña de enfrente, se acercaban las guacamayas, las garcitas blancas o chusmitas y una canción que, a veces, iba y venía por el aire era la misma del mundo del espejo donde vivieron su increíble aventura.





**LA SIRENITA
Y EL NIÑO
ESCUKTOR**

Había una vez un niño que vivía en una hacienda de café, en una montaña. Alirio se llamaba. Crecía con la naturaleza exigente alrededor: cafetos; vacas para ser cuidadas; lodazales en los caminos y en los potreros del ganado. Y, había grandes árboles, flores, conejitos, cocuyos. El ayudaba a sus padres a cuidar el jardín y a recoger frutas en tiempo de cosecha.

Alirio llevaba del potrero a su casa rocas rojizas para esculpir. Algunas tenían caracoles incrustados. Un día halló una cubierta de líquenes bajo un arbusto que cantaba, “Nadie canta tan bonito”, –pensó el niño,– “Así que esta piedra que está bajo esa sombra musical debe ser especial”. La metió en un saco y se la llevó.

El niño labraba las rocas que no eran tan duras y salían cosas sencillas: animales, trompos, carri-

tos. Cuando empezó a tallar la piedra del arbusto cantor, una luz azul la rodeó. El no se asustó. Alirio la tocó para saber qué podía sacar de ella. El sabía que de adentro hacía fuera salían la fuerza y la forma de lo que podía esculpir.

Al dar el primer golpe con su cincel, saltaron chispas, como cuando los artesanos vecinos tallaban maderas durísimas. Pero al seguir esculpiendo, las chispitas, a veces se volvían luceros y se quedaban en el aire; y el techo del cuarto de trabajo se volvía un cielo estrellado.

Alirio, mientras más trabajaba, más se inspiraba. Ya tenía una galaxia en su habitación con sus mundos y sus soles que marcaban el día y la noche. Y de la piedra iba saliendo una sirenita muy linda de rojos cabellos, sentidos agudos y habla serena.



Cuando Alirio talló las escamas de la cola, se formó un paraje acuático de gran hermosura, con una gruta azul, una costa marina, plantas y peces de colores.

En esa cueva azul, al pie de la montaña vivía la sirenita. Las paredes estaban cubiertas por topacios, zafiros, rubíes, diamantes y oro en bella composición que de día brillaba con el reflejo del sol en el agua, y de noche con el reflejo de las estrellitas. Cerca tenía un jardín con flores; y en él unos pájaros miraban fascinados un sol paradisial, del comienzo del mundo. La sirena nadaba en el estanque natural de su gruta, colorido por algas y peces. Desde ahí veía pasar los barcos lejanos.

La sirenita dijo al niño que las piedras que el tallaba habían pertenecido al mar hacía miles de años. Por eso tenían caracoles incrustados.

Que en esa hacienda antes estaba el mar. Ahí vivían grandes animales prehistóricos, plantas primitivas, seres mágicos. Uno de ellos, el brujo volador había convertido a la sirenita en piedra, y ella había quedado, después que el mar se retiró, ahí sobre el potrero, cientos de años sin hablar y sin moverse.

Hubo terremotos, maremotos; cayeron aerolitos; escupieron fuego los volcanes, y el mar se fue lejos; se llevó los seres mágicos, los cuales aún viven en el océano. Los buenos y los malos.

El brujo era anfibio, y además volaba con sus alas de murciélago. Le encantaban los pantanos.

Durante varios días, Alirio esculpió la sirenita; ella muy feliz conversaba con él; lo necesitaba después de tantos años de silencio.

Alirio le presentó la sirenita a Ramona, una niña inteligente y hermosa que cuidaba las vacas en la hacienda “La Finojosa”, allá en la pradera vecina. Los tres amigos jugaban en la gruta azul.

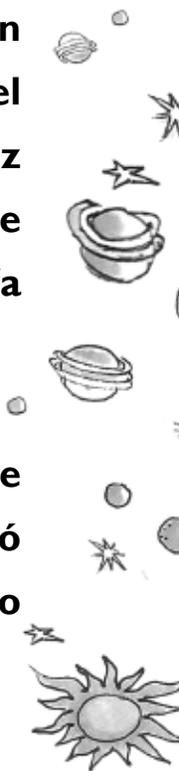
La sirena les contó que el brujo volador había sido un bello príncipe . En su carro dorado recorría imponente los territorios submarinos bajo su dominio, pero comenzó a hacer el mal, y se volvió un ser monstruoso, de largos colmillos y cachos en la cabeza. Por soberbio y agresivo, le salieron alas de murciélago y uñas de gato. Quien lograra cortarle una uña lo vencería. El brujo concentraba su poder en esas garras corvas que daban dos vueltas y cuarto para terminar como afilados cuchillos.

Un día de sol, cuando los tres amigos jugaban, la sirenita con su visión aguda vio una

sombra oscura reflejada en el agua; se oyeron unas alas, y pasó raudo el hechicero volador. Los pájaros del jardín de la sirenita avisaron del peligro. El brujo se devolvió, pero los niños ya se habían escondido tras una piedra y la sirenita, también. El malvado husmeó el aire y los detectó y dijo: “Siento unos niños y a una sirena cerca; regresaré después a buscarlos”. El brujo partió.

Los niños comenzaron a pensar qué harían para salvarse. Sentados en el campo, bajo el arbusto cantor, medían la fiereza y rapidez del brujo, lo frágil que es un niño, y sobre todo, pensaban en la sirenita quien sólo podía nadar, y no correr como ellos.

Los niños suspiraban y suspiraban, y así, se movieron las hojitas del arbusto, quien cantó una canción que decía que él tenía el secreto



para vencer al brujo. Los niños le preguntaron cómo hacerlo y el arbolito dijo: “Tomen una de mis ramitas. Llegado el momento, ella les dirá qué hacer”.

Con esa ramita humilde de flores moradas y siempre vivas, los niños se fueron, a la gruta azul de la sirenita. La hallaron desmejorada y triste; mustias sus escamas multicolores, y sus ojitos rojos y apagados. Los niños le contaron lo sucedido con el arbusto, cantor. La sirenita, quien conocía bien estas flores, las apretó un ratito contra su corazón, y se alivió un poco con sus notas, como antes cuando era piedra inerte en el potrero.

Entonces, unos días después el brujo aterrizó silencioso donde vivía la sirenita, y sorprendió a los niños... Ella les gritó. Y no tuvo más remedio que nadar y nadar para esconderse.

Los niños corrieron. El monstruo los seguía de piedra en piedra, los niños resbalaban y se levantaban, y el monstruo se escondía y aparecía de pronto.

El hechicero atrapó a Ramona, quien tenía oculta la ramita musical y se elevó con ella por los aires. La llevaba en sus garras; ella casi se cortaba con las uñas del brujo.

Alirio, allá abajo, se volvía un punto pequeño, que llamaba a la niña. La ramita le dijo a Ramona que la acercara un poco a la cabeza del malvado; ahí empezó la rama a cantar, y aquél, aturdido por la bella melodía, descendía a gran velocidad. La niña pensó que se estrellarían, pero entonces, con otras notas, el descenso se normalizó; el brujo cayó a tierra, con Ramona a salvo, y de milagro. Alirio rápidamente tomó una tijera de su taller- recor-



demos que todo esto pasaba dentro de él- y con ella le cortó al aturdido brujo la uña corva que daba dos vueltas y cuarto y que terminaba en afilados cuchillos. El hechicero, maltrecho, remontó vuelo hacia lo alto y allí como un cohete estalló en mil pedazos, que se perdieron en el infinito. Entonces, la sirenita salió de la gruta, y los niños se abrazaron aliviados.

Allá abajo los niños y la sirenita recuperados del susto volvían felices a sus juegos, a sus trabajos, y a su amistad. Y, algunas veces se bañaban en el estanque mágico. Desde ahí, veían pasar los barcos lejanos en la inmensidad.





MUSIÚ VICENTE



Rosita vivía en un caserío escondido en la montaña. Miraba los grandes árboles frente a su casa y oía a los araguatos ruidosos en el intenso verdor de las ramas. Sólo Musiú Vicente, un araguato vivaz y entrometido, se atrevió a bajar de un arbolón y llegar al jardín de la niña; tomó una media de ella, un gorrito rojo y se fue rápido, como un relámpago, por el cielo. En otra oportunidad se llevó de una ventana de la casa de Rosita, una vieja campanita de plata que servía para espantar al león y alegrar a la mamá cuando se entristecía; aquella era mágica.

Una mañana de mayo, el sol brillaba en las piedritas musgosas del jardín y del camino que daba a la montaña, ahí justo al frente de la casa de Rosita. Ese día, ella y sus pequeños hermanos Benito, Gorka y Luz salieron de

excursión al bosque. Cuando atravesaron la puerta encantada de la montaña, frente a la casa de Rosita, sonó una campanita deliciosa. Caminaron y caminaron, y en el primer arroyo encontraron un señor gordito, pequeño, vestido de dril oscuro, dormido sobre la tierra; parecía un duende. De pronto pasó un perrito criollo, color canela, como surgido de la nada ¿de dónde salió? ¿Adónde iba tan seguro moviendo la colita?

Los niños llegaron a un remanso en un claro del bosque. Era frío y temblaron al sumergirse. Pero cuando “chapotearon” con las manos y los piecitos, el agua helada empezó a ponerse tibia, y en el suave vaporcito de ésta, fueron trasladados a una ciudad encantada, ahí debajo del remanso. Como dormidos entraron en ella por una puerta cuidada por el perrito que



antes habían visto en el bosque. Éste acompañó a los niños por las calles limpias y con flores, con casitas y tiendas muy bien arregladas: unas de frutas, otras de juguetes, de ropas, en fin, de todo lo necesario. Alrededor del campanario de la iglesia volaban palomas blancas que anunciaban a las doce del día, la salida de la escuela con una musiquita de Mozart que salía de sus alas brillantes, alumbradas por un sol mágico.

Era una ciudad de alma bonita porque la gente se ayudaba y se quería.

La única preocupación era un ogro gigante, maloliente y ladrón que, a veces, asomaba su narizota a las seis de la tarde para cometer sus fechorías. A esa misma hora, la ciudad comenzaba a subir desde abajo del agua a la superficie del remanso. Aquella se suspendía y

permanecía arriba hasta la aurora; entonces bajaba y se escondía.

El ogro se había robado unos niñitos de la ciudad y los tenía presos en su horrible granja.

¿Cómo rescatarlos? ¿Cómo entrar a su casa en el momento justo de las seis de la tarde cuando el ogro, a veces se ausentaba y aparecía en algún sitio de la ciudad para molestar?

Pero el malvado a esa hora estaba alerta para impedir el rescate. Como era tan alto, aunque estuviera en la ciudad, podía ver y vigilar su granja.

Rosita y sus hermanos ese día estaban felices en esa ciudad comiendo fresas con crema, hasta que se enteraron del problema de los niños cautivos y planificaron ayudarlos. De pronto





apareció como un relámpago azul, el araguato Musiú Vicente con el gorrito y la media roja puestos, los mismos que se había llevado del jardín de Rosita, y con la vieja campanita de plata. Era un araguato sabio de largas barbas blancas a quien consultaban los otros animales. Los pequeños le pidieron ayuda a para rescatar a los prisioneros.

Musiú Vicente, el perrito y un duende gordito vestido de dril que vivía en una piedra, decidieron también colaborar con el rescate. Se necesitaba entrar a la casa del ogro a la hora exacta en que la ciudad sumergida ascendía como una nube hacia la superficie del remanso, y el malvado salía de su granja.

Llegadas las seis de la tarde, el grupo de amigos penetró silenciosamente en la propiedad del ogro quien había salido a la ciudad ese día.

Desde un barrio, donde estaba molestando, el gigante miró para su casa y vio a Rosita y a sus compañeros quienes buscaban a los niños. Se alegró mucho porque atraparía más gente para su cochinería. Dio unos pasos gigantes para regresar a su casa. Él confiaba en sus perras guardianas, bravas, pero muy coquetas. El perrito de la ciudad las había distraído con sus zalamerías y meneos de colita y orejas y así, Rosita y sus compañeros pudieron entrar, sin el ataque de las terribles fieras. Entonces, rescataron de su prisión a los pequeños, y corrieron para escapar.

El ogro llegó a su casa y comenzó a gritar como loco: “Se van mis ovejitas gordas, debo capturarlas”. Las perseguía ferozmente, pero Musiú Vicente, volador del cielo, de un brinco le tapó los ojos con la gorrita y le sonó la campanita de plata en los oídos. El malva-



do se mareó con ese argentino tintineo, y el duende aprovechó para hacerle cosquillas en la barriga. El ogro, todo mareado y bravo con tanta cosquilla y campana se desmayó y cayó sin sentido sobre el barro de su cochinera. Cuando despertó se fue muy lejos, y nunca más regresó.

Todos los amigos escaparon, y felizmente fueron devueltos a sus padres.

Musiú Vicente, volador del cielo, montó a los niñitos en sus hombros y como un relámpago los llevó a su hogar, justo antes de que cayera la noche. Llegaron campanita de plata en mano para alegrar a la mamá y a la casa sencilla. Allá arriba, en el arbolón, en alegre algarabía, a veces llega el araguato Musiú Vicente con su gorrita roja y la media de la niña puestos, pendiente de una nueva aventura en la ciudad sumergida.

LOS OSOS PERDIDOS Y LA PARED DE CAL



En el fondo del pinar había una pared blanca de cal manchada por la lluvia y la humedad. Sobre ella, se dibujaban, en hermosos colores, seres encantados que salían de su superficie para jugar con Mariana, una niña que siempre visitaba ese sitio.

Ahí, Mariana y sus amigos algunas veces conversaban con un poeta llamado Chito que contaba deliciosos cuentos, y con el mago César, lector, de los mensajes del musgo en las piedras y en la pared encalada. César daba cuenta de juguetes perdidos o deseados; de niños que se habían ido de viaje, de mascotas y hasta de la vida de las hadas y de las constelaciones. Este mago anciano, de largas barbas y báculo de oro vivía en una isla encantada, en un templo antiguo con arcadas de mármol. Ahí descansaban las golondrinas viajeras y le

contaban cosas maravillosas de otras tierras. Cuando los niños lo llamaban, él aparecía y los ayudaba.

Chito contaba historias fantásticas y graciosas y a los niños les encantaba una que se llamaba “El Caimán del Apure”.

Un día, los pequeños encontraron en la pared de cal un simpático gnomito con un vestido verde y boticas rojas. Mientras jugaban, de pronto, salió un inmenso oso blanco de la pared, gruñó, movió sus grandes brazos, y pedacitos de hielo saltaron en el aire sobre los niños. Estos se asustaron, pero el oso los tranquilizó. Les dijo que él estaba triste y bravo porque su esposa, la osa Patricia y su hijito Nunú se habían perdido, y que necesitaba que los encontraran; que él sólo tenía una in-





formación para hacerlo, pero otras personas, y no él, lo lograrían. La información era una clave suelta que decía: “Piedrita roja, piedrita azul, bombón”. Esta frase ayudaría a buscar a los osos extraviados.

Los niños y el duende sintieron pena por ese oso triste que había perdido a su familia, y decidieron ayudarlo. Entonces, llamaron al mago César, quien salió de la pared por una mancha de musgo verdecito. Los niños le contaron lo ocurrido y él decidió con éstos, recorrer el cielo para descifrar la clave dada: “Piedrita roja, piedrita azul, bombón”.

César, el gnomo y los pequeños se metieron en la pared por la misma manchita de musgo, y en un rayito de luz, volaron por los caminos celestes. Llegaron a la casa del alba, silenciosa, fría y secreta, con rocío sobre las flores, los cristales

de las ventanas, y las tejas. Sólo las hadas como brisas suavísimas se movían en las habitaciones cuidando los sueños de todos. Ahí en el patio de esa casa, un alado caballo blanco, de gualdrapa azul y oro, vio a los viajeros y los siguió volando en el espacio inmenso. Mariana y sus amigos le preguntaron sí él había visto a la osa Patricia y a Nunú, y dijo que no. En esa travesía por el espacio, el caballo, les mostró, en un aerolito, una joya de granate, rojísima, rodeada de brillantes con una inscripción bellamente tallada en ella en una lengua desconocida. Pero el sabio mago la leyó; ésta decía:

“Chito se llevó a Patricia y a Nunú a un río lejano en una llanura”. Los niños agradecieron la clave al caballo, y la lectura al mago César, quien regresó a la isla de las golondrinas viajeras. Los niños volvieron a la pared del pinar en el rayo de luz.



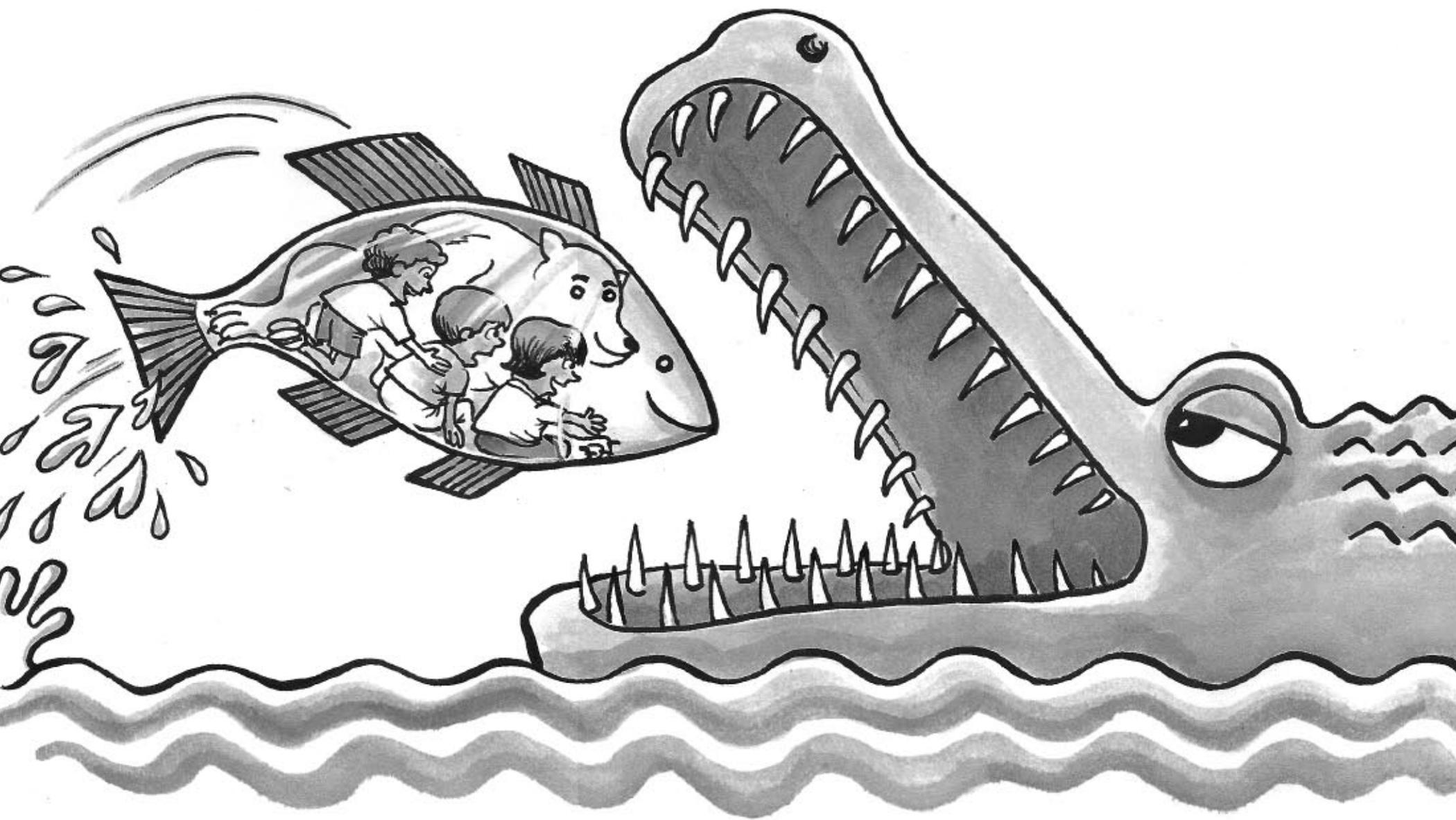
“Dios mío”, dijo Mariana al llegar, “¿Dónde estará Chito ahora? ¿En qué lugar de sus cuentos se encontrará?” Los niños recordaron que Chito había dicho que iba para un río en Apure, donde se celebraría una fiesta dentro de la barriga de un caimán. Entonces, Los pequeños, esta vez, entraron en la pared, por una mancha brillante con forma de estrella; dentro los esperaba un pecesito azul y transparente, que les dijo: “Métanse dentro de mí, que yo los llevaré al río Apure”.

Los niños y el duende se acomodaron dentro del pecesito transparente y partieron al llano. En un santiamén, se encontraron sumergidos bajo las aguas del gran río, ¡Qué poderoso y armónicamente sonoro! ¡Qué poblado de peces y otras especies! Refulgían los neones fosforescentes, pasaban los caimanes como submarinos y los peces caribes como nubes. Más

adelante, debajo del río vieron casas y parajes encantados, donde vivían seres humanos hermosos y eternamente jóvenes que los saludaban. Plantas, piedras, peces de colores: verdes, oro, turquesa, rojo riqui-riqui, embellecían el paisaje interior del Apure. Al fin, llegaron donde estaba el caimán, en cuya barriga se encontraban Chito y los osos en una gran fiesta.

El caimán, aunque peligroso era un gran parrandero; en su cabeza la música daba vueltas y lo fascinaba. Medía varios metros, y las fiestas en su barriga atraían a los más grandes músicos, a los artistas y a la gente que sabía que ese era un sitio maravilloso para celebrar. Para meterse dentro de él decían una frase mágica y ¡Zas! en un santiamén entraban. El problema para salir era otro: No había frase que valiera; se salía con mañas. Pero las personas siempre lo lograban. Ma-





riana y sus amigos no sabían la fórmula para entrar. Así que tenían que arreglárselas como pudieran. Pensaron: “¿Cómo entraremos dentro de este animal sin que nos coma? Sus dientes sonafiladísimos y mortales. Mientras pensaban, en un bostezo del caimán, el rápido pececito se le metió en la boca, y así los amigos llegaron a su barriga adonde estaba el Gran Chito contando cuentos. Todos lo oían boquiabiertos. A intervalos, cuando la música sonaba Patricia y Nunú bailaban como nunca, encantados con el arpa, con sus notas como cadenitas de trinos. Los amigos viajeros, fascinados con ese ambiente, compartieron un buen rato.

Entonces, los niños pidieron a Chito y a los osos que regresaran al Pinar porque el papá oso estaba muy sufrido; que sólo el regreso de Patricia y Nunú lo consolaría y haría que se

fuera de la pared de cal a su viejo hogar. En seguida, decidieron volver al pinar.

Se preguntaron cómo salir de la barriga del caimán, porque éste estaba pendiente y despierto todo el tiempo. El grupo de amigos, ahora con Chito, Patricia y Nunú se metió en el pececito azul, pero cuando éste intentaba salir a la corriente del río, el astuto caimán cerraba la trompa. Entonces a Chito se le ocurrió contar en alta voz un cuento mágico, de modo que el animal oyera; y el duendecito le ofreció un rico bombón de chocolate. El animal se fue encantando, y al fin, cuando abrió la boca fascinado, ¡zas!, el pececito salió del caimán y entró en el río. El saurio los persiguió fieramente, abría la bocota para atraparlos, pero el pececito azul nadaba veloz como un campeón. Al fin, los amigos pudieron escapar. La dulzura irresistible del cho-



colate criollo los ayudó, así como la rapidez del pez azul y el cuento bien narrado. ¡Lo que puede un bombón!

El pececito, “piedrita azul”, llegó con sus pasajeros a la pared del pinar y todos salieron esta vez por la mancha en forma de sol.

Al gran oso le salieron lágrimas de alegría cuando abrazó a Patricia y a Nunú, quienes se habían ido al Apure sin avisar porque se fascinaron con el cuento de Chito. Estos se disculparon por no informar antes de su viaje al oso papá. Agradecieron la ayuda, y regresa-

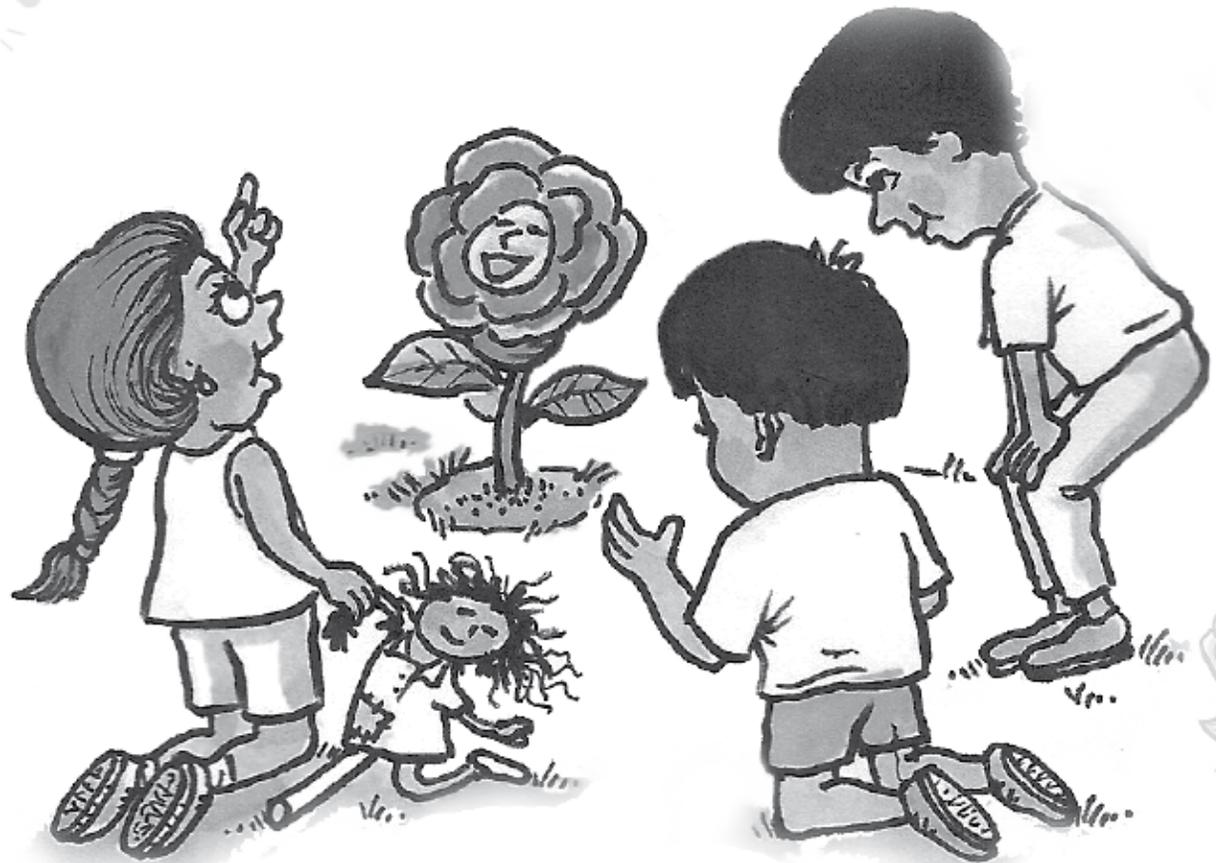
ron felices a través de una mancha dorada de la pared, al Polo Norte. Allí recuerdan a sus amigos, al poeta, al mago César y al gnomo. Todos colaboraron para que la familia de osos se uniera.

La pared de cal y sus manchas mágicas siempre esperan a los niños al final del pinar, que hoy tiene la presencia de las hadas de la neblina, guardianas del musgo, del agua y del secreto feliz de los que viven aventuras como la de los osos perdidos.

Y colorín, colorao...



EL PALACIO DORADO Y LA FLOR



En la cascada había una flor que cantaba. Ahí cerquita. A veces se aparecía a los niños, a las lavanderas distraídas, a los que decían coplas.

Cuando la flor cantaba, la cascada callaba, se volvía rocío silencioso, y la voz de la flor se oía suave como perfume de niño. Reaparecía en la luna nueva. Entonces, una roca gigante se abría y daba paso a un palacio dorado. Decían que era el paraíso de los juguetes y de las golosinas. Benito, Emilia y Ranulfo, tres pequeños hermanos, una mañana salieron de excursión a la cascada. En su bolsito de paseo, además, de las frutas y del pan, llevaban un juguete encantado: una marioneta llamada Petrica.

Petrica era cojita, algo mal vestida y espelucada. Eso sí: amigable y muy tremenda.

Los niños llegaron muy alegres a la cascada, pero no oían a la flor; sí a un pajarito de varios colores a quien le preguntaron por ella. El dijo que ‘no la había visto hacía tiempo, pero que él sabía la canción para llamarla.’ Petrica le ofreció al pajarito llevarlo al castillo dorado si los ayudaba.

El pajarito aceptó y moviendo sus alas de modo especial llamó dulcemente a la flor:

“Flor, vidita mía,
aparece
en tu rojez vestida,
canta
tu canción,
vidita mía”.

Así, la florecita se despertó, se desperezó y poco a poco fue apareciendo cubierta de es-



carcha brillante y rodeada de dorados resplandores; cuando abrió sus pétalos cantó tan bello que los niños, Petrica y el pajarito quedaron como en un sueño.

La flor les dijo: “Ya sé quieren entrar al castillo de oro. Con un canto, llamaré al viento para que empuje su puertecita secreta”. Les advirtió que la bruja Curucunda, fea y sin dientes, vigilaba esa puerta. Les aconsejó no tocar, por nada del mundo, un delantal mágico en la cocina del castillo, porque era espía ayudante de la bruja.

La flor cantó de nuevo, el viento silbó, se abrió la puertecita en la gran piedra y los niños, Petrica y el pajarito entraron al palacio. Curucunda, gracias a Dios, no estaba ahí. Andaba hambrienta dando carreras detrás de los cangrejos y de las arañas monas para hacer su

sopa. Pero los cangrejos se escondieron debajo de las piedras y las arañas se subieron a los árboles y se camuflaron en las hojas. La bruja enfurecida volaba y volaba en su motoescoba... pero nada. El humo de ésta le impedía ver.

Cuando entraron al palacio, los niños llegaron primero al jardín. Vieron un arroyo de agua cristalina con peces anaranjados y dorados que andaban en nubecitas; musgos en las piedras de la orilla con cangrejos muy escondidos debajo de ellas, y un delfín pequeñito de agua dulce llamado Christian. Los niños se bañaron, el pajarito bebió agua, pero Petrica se quedó en la orilla, porque no le gustaba bañarse. Sólo se lavó los pies y se quedó vigilando, por si acaso.

Cuando entraron en las habitaciones del castillo los pequeños encontraron cosas muy be-





llas: muebles para adultos y para niños, cuadros artísticos con movimiento, muñecas de porcelana, en fin juguetes que nunca habían visto. Se montaron en el trencito, jugaron con las muñecas, y carritos y hasta entraron a Internet en computadoras del futuro.

Un hada vino a navegar con ellos, entró volando en la red, y aprendió a viajar de ese modo también.

Después, los niños fueron a la cocina donde, como en la casa de los tres ositos, la sopa estaba servida y caliente; la comieron con el pan que habían llevado en su bolsito de excursión. De pronto, llegó un olor de galletas dulces recién horneadas; salía del delantal mágico con ojos que la bruja había colgado en la cocina para espiar a los intrusos. Petrica se acercó y olió las galletas que estaban en el

bolsillo del delantal; Benito les recordó que no debían tocarlo porque aparecería Curucunda y se comería a los niños. Pero Petrica, muy traviesa, metió el dedo meñique dentro del delantal-espía y de inmediato, se cayeron estrepitosamente las ollas, el cucharón, el perol negro de los asados. La cortina en la ventana se movió con aire rápido, y en un abrir y cerrar de ojos llegó la bruja en su motoscoba. Se reía bien feo la Curucunda: “ja, ja, ja; ya tengo niños para guisar, y no buscaré ni arañas monas, ni cangrejos; lindos niños gorditos para comer, y de paso un pajarito de postre; Petrica, con sus patas de palo me servirá de revolvedor de la olla”. Así habló con alegre maldad.

La bruja persiguió a los amigos sin tregua y les daba escobazos. Petrica se caía, porque era cojita. Entonces, los niños aterrados co-



rrieron y se escondieron en un mueble grande del comedor con Petrica a rastras. Pero el pajarito, que se había refugiado en una viga del techo, voló a llamar al hada, quien se había quedado más que encantada jugando en Internet. El hada vino rápidamente, se metió con el pajarito, por arte de magia, al mueble donde estaban los pequeños y abrió un agujero con su varita en la pared del comedor; así, los niños calladitos escaparon por él. Curucunda los buscaba por todas partes y furiosa al no encontrarlos, rugía más que su escoba y botaba más humo que ésta.

Benito, Emilia, Ranulfo, Petrica y el pajarito salieron asustados del palacio. Y regaña-

ron a la tremenda Petrica quien se disculpó. La roca se cerró. Sólo se oía la cascada, y una voz misteriosa dijo: “Deben cumplirse las normas dentro del palacio. Los dones, como esa visita tienen exigencias”. Nuestros amiguitos entendieron.

Regresaron a casa. Pero la Petrica no olvidaba el rico olor de las galletas. Después todos recordaban lo felices que fueron, la aventura vivida en el palacio y la melodía que cantó la flor que a veces se deja oír por los niños, por las lavanderas distraídas y por los que recitan coplas.

Y colorín, colorado...



DELFINA Y LAS AVES ENCANTADAS



Hace mucho tiempo, en una hermosa isla vivía una niña llamada Delfina. Con su madre habitaba una vieja casa colonial. Su papá, un hombre valiente, bueno y respetuoso, había muerto en la guerra de independencia. Ellas guardaban como recuerdo su espada brillante.

Una noche, el pajarito de bellos colores entró en el cuarto de Delfina y se paró en la viga más alta del techo. Le dijo a la niña que él era un príncipe encantado, y los patos de la bandada también; que pronto se rompería el hechizo y se convertirían en personas si lograban abordar un barco mágico que su padre, el rey de un país lejano, enviaría a la isla. El brujo que los había convertido en aves, trataría de impedirlo, pero Delfina podía ayudarlos. Mientras el pajarito explicaba, Miau Miau miraba extraña-

do que ésta avecita no olía a pájaro de monte, ni a carnita de almuerzo y, además, hablaba; se desperezó y siguió durmiendo.

La niña se conmovió con la situación de las aves encantadas y prometió su ayuda. El pajarito se despidió y salió por la ventana en dirección a un lucerito muy brillante. Hacia allá se perdió el avecita como flecha de oro hacia el corazón.

El mago malo habitaba en las olas negras de un mar violento muy lejano de la isla de Delfina. Pero él se trasladaba rápidamente, por artes mágicas a cualquier lugar. El brujo era verde tiñoso y tenía ojos de envidiosa culebra malvada. Podía también transformarse en lo que quería, y así engañaba a sus víctimas. Sólo podían vencerlo personas buenas como Delfi-



na, con la ayuda de objetos mágicos, como la rosa engalanada o la espada brillante.

La rosa engalanada sólo florecía en el jardín de la niña la noche de Navidad; era de un rojo-carmesí y duraba hasta el seis de enero día de los Reyes Magos. El día siguiente a Reyes, la flor no se secaba; sólo desaparecía en el aire. Cuando estaba abierta su perfume encantaba, hacía ver cosas maravillosas en el corazón de los demás y curaba las enfermedades. El olor se desparra- maba por todo el valle, y decían que entonces, veían caminar por él a la Virgen María.

En la isla, los días de navidad eran frescura y alegría del aire en las palmeras; color dorado en la luz; olor de pared recién pintada y muchas ilusiones para el día 24. Con el deseo de hacer el pesebre, Delfina y sus amigos fueron de paseo a un bosquecito para buscar piedras,

musgos, palitos, helechos, en fin, bellos teso- ros naturales que adornarían el Nacimiento.

Llegaron a un sitio de grandes árboles donde volaban coloridas guacamayas y pájaros; lianas florecidas colgaban de las ramas y bordaban una cortina perfumada.

Los niños que venían en algarabía, se queda- ron inmóviles y silenciosos ante tanta belleza.

Se oía el rumor de un riachuelo oculto detrás de los árboles. Henrileón, uno de los niños, con sus manitas, despejó la cortina de lianas y Delfina y todos los otros amiguitos: Silvio, Moisés, Zuli, José Vale y Carmenté, pasaron al otro lado de ella.

¡Oh, sorpresa! Se abrió ante sus ojos un pra- do de césped verdecito, como recién cortado,

bajo el sol claro de diciembre. El cielo azul y despejado, la grama fresca, los niños en carrera feliz, con sus pies como alitas, era la más bella postal de Navidad. Corrieron, se revolcaron, Delfina ensució su vestido, jugaron, las mejillas de los niñitos eran rojas manzanas, ¡Qué felicidad la de ese día! Después de recolectar musgos, troncos pequeños, piedritas del arroyo, regresaron a casa.

Delfina, su mamá y sus amigos hicieron un pesebre encantador con figuritas de anime, montañas de papel pintado y con las bellas cosas naturales traídas del bosque. Sólo faltaba la estrellita de Belén.

Llegó la Noche de Navidad; nació el niño Jesús, bajó del cielo el lucerito al pesebre, floreció la rosa engalanada. Delfina, su mamá y los vecinos, cantaron villancicos, cenaron halla-

cas y dulces. Y los regalos traídos por el Niño aparecieron debajo de la cama de los pequeños. Fueron muy felices esa noche sagrada. Después de las doce, cuando la niña se fue a dormir, llegó de visita el pajarito de colores a saludarla. Se acomodó de nuevo en la viga más alta. El avecita le contaba en verso a la niña, una bella historia de la navidad en el reino lejano de su país. Miau Miau lo observaba extrañado. Pensó: “No quiero nada con pajaritos mágicos. Y menos recitadores, Lo mío es un pajarito de verdad para cazarlo, y con olor a monte”. Delfina, el gato, el avecita y todos, al fin se durmieron profundamente con el perfume de la rosa engalanada y soñaron con el niño Dios.

Un atardecer de diciembre, después de Nochebuena, las aves y el pajarito vinieron a dormir en la casa de Delfina, la cual por la bondad



y pureza de sus dueños estaba protegida, y ahí, el brujo no podía entrar. El barco mágico había llegado a la isla para llevarse a los príncipes encantados al día siguiente. Lucía bellissimo con velas de seda, amarres o jarcias doradas, el mascarón de proa en oro y esmaltes coloridos en forma del rey del océano. Era la misma galera del Infante Arnaldos, un príncipe muy antiguo. Unos versos populares describen así ese barco encantado:

“Las velas trae de sedas
La ejarcia de oro torzal
Áncoras tiene de plata
Tablas de fino coral”.

La nave había venido en la bruma del mar al amanecer, y sólo Delfina, sus amigos y las aves encantadas podían verla. Siete princesas guerreras la cuidaban, y la rodeaba un halo

protector. Ahí no podía penetrar el hechicero. Pero él si podía atacar a los príncipes en el camino entre la casa de Delfina y el barco. Recorrer este espacio era el reto.

La noche anterior al viaje, las aves se resguardaron en la casa de Delfina. Estaban ansiosas por recuperar su forma humana e irse en el barco al día siguiente, a su lejano país. A eso de las doce de la noche se sintió un estruendo: había llegado el brujo malvado para impedir la huida de los príncipes convertidos en patos y en pajarito. Con el solo arribo del hechicero, la casa tembló, pero no se cayó. Un círculo de luz azul la circundaba. El malvado, bravísimo, atacó con un vaho verdirrojo y venenoso de su boca. Pero el perfume de la rosa engalanada lo diluyó. Más bravo aún, el brujo lanzó una llamarada para quemar la casa, y nada. Las buenas acciones de la niña y de sus





padres, se convirtieron en agua bendita y apagaron el fuego. El brujo desesperado dijo: “Me voy, pero no me doy por vencido. Cuando las aves encantadas vayan hacia el barco las atacaré. Y ahí no hay círculo protector. Nada las salvará”.

Llegó la mañana de la partida, y al alba, los salvajes patos dorados, Delfina, el pajarito y Miau Miau salieron hacia la playa. El lucerito los acompañaba y alumbraba el camino. Delfina llevaba la espada brillante de su padre, y en el bolsillo, un frasquito con el perfume de la rosa engalanada.

El brujo malvado estaba pendiente, cazando al grupo de amigos; los dejó caminar un espacio, y detrás de un árbol se agazapó para esperarlos. Cuando pasaron por ahí, les brincó convertido en dragón. Enroscó la cola que

terminaba en puyas perversísimas, y les lanzó un fuego rojo-verdoso. Asustados, corren y corren los patos, vuela el pajarito, parpadea el lucero; y dale y dale... el dragón, y ellos, velocidad a sus pies. Ya estaban cansados los perseguidos, casi chamuscados con la candela incendiaria de esa bocota feroz. De pronto, Delfina toma fuerzas, se devuelve, sorprende a la fiera y la espada brillante vuela sola en el aire y le corta la trompa. Entonces el dragón cae pesadamente, se apaga y desaparece. Todos se alegran, y sin descansar, siguen rápidamente hacia el barco que brillaba como una joya en la inmensidad.

Luego el brujo, se transforma en culebra que los sigue rapidísima y mortal... pero ahí viene Miau Miau, experto en las lagartijas de los solares, y algo sabe de serpientes verde-tiñosas. Enseguida el gatico mira la sierpe, la





hipnotiza y ¡zas!... viene como un rayo la espada de Delfina, y le corta la cabeza. El animal desaparece, como por arte de magia. Ya van llegando al barco, el grupo se estremece con los cantos bellísimos del agua que circunda la nave, y de pronto... reaparece el malvado, desesperado por destruir, en forma de centella. ¿Qué hacer? Ya Delfina y sus amigos están muy cansados; las princesas del mar no pueden salir a ayudarlos. Se les queman algunas plumas a los patos y al pajarito, dos rizos al pelo de Delfina, los bigoticos a Miau Miau. Entonces, el lucerito se interpone entre el grupo y la centella, y como la luz de la estrellita era intensa y pura como un diamante, apaga la malévola centella.

¡Qué brujo incansable para hacer el mal! Pero los amigos, sólo piensan en vencer, en lograr su llegada al barco y así ayudar a los príncipes

encantados. Ya van llegando, oyen más claramente la música del océano, y ven mejor las hermosas princesas guerreras del mar que están a la espera. Los corazones palpitan. Y aparece el mago malo transformado en rosa; sí, en rosa engañosa con ojos disimulados de serpiente. Quiere que la toquen y que la huelan. Es toda veneno y dulce palabra. Pero Delfina descubre el engaño, y desparrama el perfume de la rosa engalanada que guardaba en un frasquito; entonces la malvada flor impostora se desmaya y se vuelve una piedra negra. Delfina la destruye con su espada, y al fin, el grupo llega al barco; todos lo abordan y las aves se convierten en príncipes magníficos quienes fueron recibidos por las guerreras del mar. Delfina, Miau Miau y el lucerito se despiden y bajan a tierra, y aquellos, agradecidos, les prometen enviarle noticias y regalos en cada Navidad. Entonces, el barco partió airoso ha-

cia la inmensidad, hacia el lejano país de los príncipes. El brujo se volvió polvo negro, y el viento se lo llevó al mar del olvido, de donde nunca se vuelve.

En Nochebuena los príncipes envían bellos regalos a Delfina, a sus amigos y a Miau Miau con el lucerito que cada año baja para alumbrar el pesebre del niño Jesús.



ÍNDICE



DEDICATORIA
5

UN VIAJE AL MAR
6

EL PINCEL Y LA MARIPOSA AZUL
14

EL ESPEJO Y EL TESORO
21



LA SIRENITA Y EL NIÑO ESCULTOR
27

MUSIÓ VICENTE
34

LOS OSOS PERDIDOS Y LA PARED DE CAL
40

EL PALACIO DORADO Y LA FLOR
48

DELFINA Y LAS AVES ENCANTADAS
54



FONDO EDITORIAL IPASME

Presidente:

José Gregorio Linares

Asesores:

Alí Ramón Rojas Olaya y Ángel González

Edición:

Nelly Montero, Janeth Suárez, Freddy Best, Darcy Zambrano y Odalys Marcano

Diseño Gráfico:

Luis Durán, María Carolina Varela y Fabiola Berton

Plan Revolucionario de Lectura:

Luis Darío Bernal Pinilla, Yuley Castillo, Verónica Pinto, Mervin Duarte, Saudith Felibertt y Enricelis Guerra

Administración:

Tibisay Rondón, Juan Carlos González Kari y Yesenia Moreno

IPASME va a la Escuela:

Alexis Cárcamo

Informática:

Enderber Hernández

Apoyo Logístico:

Eduardo Ariza y Víctor Manuel Guerra

Distribución:

Jazmín Santamaría y Ronald Carmona

Secretaría:

Gladys Basalo

COLOFON

...LAS HADAS DE LA NEBLINA, GUARDIANAS DEL MUSGO, DEL AGUAY DEL SECRETO
FELIZ DE LOS QUE VIVEN AVENTURAS...

De "Los osos perdidos y la pared de cal"

EN LAS PÁGINAS DE ESTE LIBRO, LOS NIÑOS COMO LECTORES Y COMO PERSONAJES, PARTICIPAN EN
INTERESANTE AVENTURAS ENCONTRÁNDOSE CON UN MUNDO DE LO MARAVILLOSO Y LO FAMILIAR.
HADAS, DUENDES, NIÑOS, OGROS, CACIQUES ENCANTADOS, ANIMALES, JUGUETES Y LA NATURALEZA,
INTERVIENEN EN LOS SUCESOS, TODOS NARRADOS CON SENCILLEZ, AMOR Y BUEN HUMOR.

LA AUTORA Rosalina García, autora de estos relatos, poeta y educadora, nació en 1946, en Humocaro Alto, Estado Lara, Venezuela.

Es profesora graduada, con post grado. Ha trabajado en liceos, universidades, en instituciones culturales y en talleres de creatividad literaria para niños.

Rosalina dice que estos cuentos nacieron de su infancia, transcurrida en hermosos y antiguos pueblos de montaña de su país donde escuchó relatos y consejas, y leyó desde entonces, inolvidables narraciones para niños, como aquella de los cisnes encantados, presentes aquí en el cuento sobre la navidad criolla.

Desde su juventud, ha vivido en Los Teques, y en su neblina, con su gente, con su pasado de bosque fragante, escribió estos cuentos que quieren sencillamente distraer, despertar la imaginación y la aventura, el disfrute del lenguaje de nuestra tierra, afirmar nuestra identidad para comprender que viviendo y luchando con honradez y amor, el bien brilla; y que la virtud es fuente de felicidad.

Foto: STEFAN LARSSON



plan revolucionario de
LECTURA

ISBN: 978-980-401-090-3



9 789804 010903